

nosotros, y que mas de una vez, ya galopando rápidamente sobre sus haghins, en torno de la hoguera encendida en el desierto, ó bajo la tienda nómada de la tribu de Onaleb-Saide, nuestros nombres han sido repetidos por Bechara y Tonaleb, como los de leales amigos y bravos compañeros.

VII.

DAMIETA.

M. de Linant, aquel jóven artista que nos habia puesto en relaciones con la tribu de Onaleb-Saide, habiendo sabido nuestro regreso, habia acudido inmediatamente á la hostelería franca, y esta vez, no queriendo que estuviésemos en otra casa que en la suya, nos habia llevado á ella. A la primera palabra que le dijimos de visitar Jerusalem y Damasco, nos ofreció acompañarnos, lo cual aceptamos por aclamacion. Habiendo recorrido ya Mr. de Linant dos ó tres veces toda la Siria, era el mas excelente cicerone que podíamos tener. Se decidió que descansáramos bajando por el Nilo hasta Damietta, y que en llegando á esta ciudad, dispuestos ya de refresco para un segundo viaje, encontraríamos allí á Tonaleb y sus dromedarios, que nos conducirían por El-Arich hasta Jerusalem.

Aquel mismo dia nos ocupamos de los preparativos de marcha. Nada se apodera de nosotros con mas facilidad, ni nos abandona con mas sentimiento que la fiebre de los viajes; una vez apoderada de nosotros, nos impele adelante, y es preciso marchar siempre: el Judio Errante no es mas que un símbolo.

Partimos un hermoso día, teniendo contraria la brisa, pero favorable la corriente y catorce remeros nubios. Durante la noche, que empezó muy pronto, caminamos toda la parte del Nilo que ya conocíamos y que se extiende desde Boulacq hasta el ángulo del Delta; cuando amaneció comenzamos á atravesar la region del Este, mas majestuosa que la de Rosets, y cuya fertilidad nos admiraba tanto mas cuanto que salíamos del desierto.

A la noche vimos bajar de las aldeas que costean el río mas de veinte mujeres desnudas; atraídas sin duda por el canto de nuestros remeros, se sumergieron en el Nilo, y nadando hácia nosotros, siguieron por algun tiempo nuestra barca. La noche nos desembarazó de aquellas atezadas sirenas cuyos encantos felizmente no eran de temer.

Al día siguiente abordamos en Mausourah.

Este nombre, como las Pirámides, traía á la memoria uno de esos recuerdos nacionales á los que un Francés no puede permanecer indiferente. Permitánnos, pues, nuestros lectores seguir ahora la expedición de San Luis, como hemos seguido la de Napoleon.

En el mes de diciembre del año 1244 fué cuando quedó decidida la cruzada. El rey Luis IX, que habia ya señalado su fervor por la religion rescatando la corona de espinas de Jesucristo del poder de los Venecianos, á los que Beaudoin la habia entregado en prenda, y llevándola, descubierta la cabeza y descalzos los piés, desde Vincennes hasta Nuestra Señora, acababa de dar la investidura, en pleno consejo celebrado en Saumur, á su hermano Alfonso de los condados de Poitou y de Auvergne y del Albigeois, cedido por el conde de Tolosa. Habia batido al conde de La Marche que se habia negado á rendirle pleito homenaje en Taillebourg y Saintes, y concedidole su perdon, á pesar de que no ignoraba que la condesa habia intentado envenenarle; en fin, habia obligado á Enrique III de Inglaterra á pedir una tregua, que no fué concedida sino por el precio de 5,000 libras esterlinas. Todo estaba, pues, tranquilo en el interior y en el exterior. cuando encontrándose en Pontoise recavó en-

fermo de una fiebre mal curada de que habia sido atacado en su expedición al Poitou. El mal hizo progresos tan rápidos que no tardaron en desesperar de su vida. La funesta nueva se esparció por toda la Francia: Luis no tenia mas que treinta años y los principios de su reinado habian prometido al reino una era de prosperidad. Fué, pues, el duelo general; muchos señores y prelados acudieron á Pontoise; en todas las iglesias se hicieron donaciones, súplicas y procesiones; en fin, la reina Blanca envió su limosnero á Eudes Clemente, abad de Saint-Denis, á fin de que se sacasen de sus urnas los cuerpos de los bienaventurados mártires, extracción que no se hacia sino en las grandes calamidades públicas.

En tanto todos los socorros del arte eran insuficientes, é inútiles todos los auxilios de la religion: acometió á Luis un desmayo tal, que hicieron salir á las dos reinas, Blanca, su madre, y Margarita, su mujer. Solo dos damas permanecieron en la habitacion orando á cada lado de su lecho. Mas al punto una de ellas, habiendo terminado sus plegarias, se levantó y quiso cubrir el rostro del rey con un paño; mas la otra dama se opuso á ello diciendo que era imposible hubiese Dios herido el corazón de la Francia; y cuando discurrían tan fúnebremente, Luis volvió á abrir los ojos y con una voz débil, pero clara, pronunció estas palabras: *La luz de Oriente se ha esparcido sobre mí por la gracia de Dios que me ha llamado de entre los muertos.* Lanzaron las dos damas un extraordinario grito de alegría, se lanzaron á la puerta y llamaron á la reina Blanca y á la reina Margarita, quienes no pudiendo creer en aquel milagro, volvieron á entrar temblando. Al verlas el rey las tendió su mano; en seguida, calmados los primeros trasportes de alegría, mandó llamar á Guillermo, obispo de Paris. Este digno prelado se apresuró á trasladarse á la cabecera del enfermo, quien animado con una nueva fuerza, á su vista se incorporó sobre su lecho y pidió la cruz de Ultramar. Los circunstantes creyeron que el rey estaba todavía delirando; pero Luis, notando su error, tendió la mano hácia el obispo

que vacilaba en obedecerle, y juró que no tomaría alimento antes de haber obtenido el signo del cruzado. Guillermo no se atrevió á negársela, y el enfermo, no pudiendo ponerla todavía en la armadura, la hizo colocar al menos á la cabecera de su lecho.

Desde aquel día la salud del rey se restableció rápidamente. Escribió á los cristianos de Oriente que recobrasen ánimo, prometiéndoles pasar el mar en cuanto hubiera reunido su ejército, enviándoles entretanto un socorro de dinero.

No perdió tiempo Luis para cumplir su promesa. Odon de Chateauroux, cardenal obispo de Tasculum, en otro tiempo canceller de la iglesia de París, y á la sazón legado de la Santa Sede, fué á Francia á predicar la cruzada, y acudieron un gran número de señores de las provincias atraídos mas todavía por el amor al rey que por un celo religioso.

Entonces la reina Blanca intentó un último esfuerzo. Fué acompañada de Guillermo á ver á su hijo, siempre ocupado en su proyecto. El prelado habló el primero y dijo al rey que el voto que habia hecho durante su enfermedad era un voto precipitado, y que como tal no le comprometia; que si por otra parte el rey tenia escrúpulo con este motivo, se encargaba de obtener una dispensa del papa. Mostróle que Francia, apenas pacificada, quedaba como blanco de los artificios del rey de Inglaterra, del carácter sedicioso de los poitevinos y de las turbulencias de los albigenses. Blanca continuó:

— Mi querido hijo, escuchad los consejos de vuestros amigos y no os dejéis llevar completamente de vuestros deseos. Acordaos que la obediencia á una madre es agradable á Dios. Quedad aquí, la Tierra Santa no perderá nada por ello, pues que enviareis allí un ejército mas numeroso que si fuérais vos mismo.

— No es lo mismo, madre mia, respondió Luis, y Dios espera mucho mas de mí. Cuando las voces de la tierra no legaban ya á mis oídos, oí una voz del cielo que me decía:

— Rey de Francia, veo los ultrajes hechos á la ciudad de Jesucristo; tú eres el que yo he elegido para vengarlos!.....

— Esa voz, replicó Blanca, no os engañeis, era la del delirio y de la fiebre. Dios no exige los imposibles, y el estado en que os hallábais cuando habeis hecho el juramento os será para con él una excusa para romperle.

— Decís, madre mia, que mi razon estaba extraviada cuando he tomado la cruz, respondió el rey. ¡Pues bien! la dejo segun vuestro deseo. Tomad, padre mio, dijo quitándola y entregándosela al obispo, héra aqui.

El obispo la tomó, y Blanca quiso arrojarla en los brazos de su hijo, mas él la detuvo sonriendo.

— Ahora, madre mia, no tengo la fiebre y el delirio, estáis convencida de ello. Pues bien, os pido la cruz que acabo de entregaros, y Dios me es testigo de que no tomaré alimento sin que antes me la hayais devuelto.

— ¡Cúmplase la voluntad de Dios, dijo la reina tomando la cruz de manos del obispo y entregándosela ella misma á su hijo: no somos mas que el instrumento de su Providencia, y desgraciados aquellos que intentan oponerse á sus decretos!

En tanto el soberano pontífice habia enviado á todos los estados cristianos eclesiásticos encargados de predicar la guerra santa: su celo no habia sido infructuoso y gran número de señores habian llegado á París; sin embargo, habia otros á quienes la esperanza de aumentar sus dignidades y fortuna bajo la regencia de una mujer y en ausencia de su heredero daba un entusiasmo mas reflexivo. Estos, fingiendo aprobar la cruzada, hacian entender que no seria malo dejar en Francia algunos hombres de ánimo y de nobleza cuya obra seria menos gloriosa, sin duda, pero tan útil como la de los otros, que mas favorecidos por la suerte acompañarian al rey en su armada peregrinacion. Luis no se engañó con tan pretendidas voluntades y empleó un medio bastante extraño para determinar á los indecisos y apresurar á los rezagados. Llegaba el día de Navidad y era costumbre á la sazón que la vispera el rey, en el momento de

decirse la misa del gallo, donase á los señores de su corte ricos mantos adornados de bordados iguales. Luis, no solo se conformó con la costumbre, sino que en esta ocasion hizo la distribucion mas numerosa que jamás se habia hecho en tiempo de los reyes sus predecesores, ni aun en los años anteriores de su mismo reinado. Como esta munificencia se habia verificado en el momento en que tocaban á misa y en una habitacion mal iluminada, los que fueron objeto de ella se vislieron sus mantos apresuradamente en la oscuridad y en seguida se encaminaron hácia la iglesia; pero en cuanto llegaron al lugar santo, cada uno de ellos notó á la luz de los cirios en su hombro y en el de los que estaban á su inmediacion, el signo sagrado de la cruzada, del que no era permitido despojarse una vez que se habia tomado. No era posible ya volver atrás, y por mas extraña que fuese la manera como los nuevos soldados de Cristo habian hecho su voto, ni uno tuvo el pensamiento de romperle.

El viernes 12 de junio de 1208, Luis, acompañado de sus hermanos, Roberto, conde de Artois, y Carlos, conde de Anjou, fué á Saint-Denis; el cardenal Odon, de Chateauroux, le esperaba allí. Este fué el que desplegó el oriflama que por la tercera vez iba á aparecer en Oriente, y quien dió al rey el bordon y el zurrón, atributos de los peregrinos; en seguida la procesion tomó el camino de la abadía de San Antonio, donde debian despedirse la madre y el hijo. La separacion fué terrible para Blanca; esta reina, de tan fuerte temple para los demás sucesos de la vida, se deshacia en lágrimas en cuanto un peligro amenazaba á su hijo.

Por fin Luis se separó de su madre y se puso á la cabeza del ejército que se reunia en el territorio de la abadía de Cluny. Aquí se encontraron reunidos y dispuestos para la santa cruzada á Roberto, conde de Artois, reclamado por la parca en Mausourah, y Carlos, conde de Anjou, al que esperaba un trono en Sicilia; Pedro de Dreux, conde de Breñaña; Hugues, duque de Borgoña; Hugues de Châtillon;

Hugues de Saint-Paul; los condes de Dreux, de Bar, de Soissons, de Blois, de Rhetel, de Montfort y de Vendôme; el señor de Beaujeu, condestable de Francia; Juan de Beaumont, gran almirante y gran chambelan; Felipe de Courtenay, Gayon de Flandes, Archambault de Borbon, Juan de Barres, Gilles de Mailly, Roberto de Bethune, Olivier de Thernes, el jóven Raoul de Coucy y el señor de Joinville, quien llevaba á Egipto la espada del soldado, sin saber aun que traeria de allí la pluma del historiador.

Luis apareció en medio de todos estos señores sobrepujándoles en rango, igualándolos en valor. Tenia entonces treinta y tres años; era de alta estatura, delgado y pálido, tenia una fisonomia bondadosa y regular, sus cabellos eran rubios y los llevaba cortados. En cuanto á su traje, era la sencillez cristiana en toda su rígida humildad; y el mismo rey que habia hecho dar por su esplendor á la corte de Saumur el título de *Corte sin par*, se presentó en adelante vestido con el traje de peregrino, ó cubierto con una armadura de acero; de suerte, dice Joinville, *que camino de Ultramar no se vió una sola cota bordada, ni la del rey, ni la de otro alguno.*

Aquella magnífica comitiva bajó hasta Lyon, siguió el Ródano, y llegó á la mar. Como el reino de Francia no tenia todavía en aquella época puerto en el Mediterráneo, y el de Marsella, único de que Luis podia disponer por su doble alianza con Beatriz de Provenza, no le bastase, habia comprado Aigues-Mortes al abad de Psalmodi: en esta villa era pues el sitio de cita general, y en su puerto donde esperaban los ciento veinte y ocho bajeles destinados á trasportar al rey y á los guerreros. Estas naos, como las llama Joinville en su sencillo y poético lenguaje, iban además escoltadas por una multitud de barcos de transporte, destinados á los caballos y viveres. Como la Francia no tenia marina, los pilotos y los marineros eran casi todos Italianos ó Catalanes; los dos almirantes eran Genoveses; en cuanto á los patrones, la mayor parte veian por primera vez el mar.

Luis se embarcó el 25 de agosto de 1248, y toda la flota se dirigió hacia Chipre, donde reinaba Enrique de Lusignan, descendiente de los reyes de Jerusalem. Aquella isla había sido ofrecida por su soberano como el punto de arribada mas cómodo, y en ella se habían reunido considerables almacenes; toda la flota desembarcó allí el 24 de setiembre del mismo año, y solo entonces fué cuando los cristianos de Oriente vieron su esperanza tantas veces engañada cambiarse en certidumbre. Esta nueva fué acogida con entusiasmo; habían llegado al último grado de pobreza y esclavitud.

Desde la cruzada de Felipe Augusto, durante la que fué tomada San Juan de Acre, el estado de los cristianos no había hecho mas que empeorar en Oriente. El rey de Jerusalem, Juan de Brienne, había hecho una campaña por Egipto, tomado á Damietta, y se encontraba en camino para el Cairo, cuando abandonado por la mejor parte de sus caballeros, se había visto obligado á emprender la retirada, y poseedor de dos tronos, yerno de dos reyes, y con dos emperadores entenados, había ido á morir á Constantinopla bajo el traje de un observante de San Francisco. A su vez Federico había vuelto á Jerusalem con grandes proyectos y un buen ejército; pero en cuanto llegó, como si no hubiese tenido intencion mas que de hacer una simple peregrinacion, se había limitado toda su ambicion á hacerse coronar en la iglesia del Santo Sepulcro, y, como había dicho en su carta al sultan del Cairo, *á plantar su estandarte sobre el Calvario y sobre la montaña de Sion, para conservar la estimacion de los Francos y levantar su cabeza entre los reyes de la cristiandad.* Thibaut de Champagne, rey de Navarra, mas trovador que caballero y el último de los príncipes cruzados que había ido á Tierra Santa, había hecho mas por sus versos que por su espada, y había vuelto á sus Estados á terminar poesias que tenia interrumpidas. Detrás de él uno de esos accidentes comunes en el Asia había replegado todo un pueblo hácia el Occidente; era el de los Karismianos á quienes los Tártaros habían llamado de

la Persia, y los que tomaron á Jerusalem, porque Jerusalem se encontró en su camino, devastaron la Palestina porque era preciso vivir, y que á su vez acababan de ser exterminados casi completamente por el sultan de Damasco que les era completamente desconocido, no habiendo oído jamás hablar de él antes de que el soplo de Dios lanzase á los unos contra el otro. Por último, las disensiones intestinas iban á unirse á las generales desventuras: el rey de Armenia y el príncipe de Antioquia se batian por algunos pedazos de territorio. En Chipre, á donde el rey abordó, los Latinos y los Griegos estaban divididos por causa de religion, los hospitalarios y los templarios por causa de preeminencia, y los genoveses y pisanos por causa de comercio.

Luis comenzó por restablecer la paz y buena armonia entre todos aquellos auxiliares tan importantes. En Nicosia como en Vincennes, bajo la encina como bajo la palmera, hacia justicia, y sus sentencias eran religiosamente ejecutadas. Pero la mision del ángel de paz retardó la del hombre de guerra: cuando quiso ponerse en camino, se encontraron con que la estacion estaba demasiado avanzada. Thegnes de Lusignan ofreció á los cruzados hospitalidad para todo el invierno, comprometiéndose á seguirles en la primavera con su nobleza. Chipre, con su magnífica situacion, su admirable fertilidad, sus vinos cantados por Salomon, y sus mujeres, medio griegas, medio árabes, hablaba demasiado alto en favor de semejante proposicion, y antes de haber vencido como Anibal, los cristianos habían encontrado su Capua.

Por su parte los musulmanes eran presa de crueles discordias. Desde la muerte de Saladino, raro era el año que había pasado sin que el reposo de la familia de los Ajubitas hubiese sido turbado por alguna disension. Sin embargo, para un pueblo semejante, acampado mas bien que establecido en Egipto, y no sosteniéndose mas que por la guerra, esas revoluciones eran una constante escuela de armas, de donde salian en todas las circunstancias en que un peligro comun reunia los intereses divididos, los

mas terribles adversarios que podian encontrar los cristianos.

En el momento en que Luis IX desembarcó en Chipre, el sultan del Cairo, Malek-Saleh-Negmeddin, que reinaba entonces en Egipto, se encontraba en el centro de la Siria, donde hacia la guerra al príncipe de Alepo y tenia sitiada la ciudad de Emesa. La enfermedad de que murió poco despues le detenia en Damasco, cuando un hombre disfrazado de mercader penetró hasta donde se hallaba, y le anunció los terribles preparativos que se hacian en Chipre: esta noticia produjo en su ánimo una viva sensacion. Los Orientales habian aprendido á mirar á los Franceses como los mas valientes de sus enemigos, y al rey de Francia como el mas poderoso y temible de los reyes. A estos temores reales se unia una prediccion que los misioneros encontraron extendida por la Persia, y que estaba igualmente acreditada entre cristianos y musulmanes. Anunciaba que el rey de los Francos dispersaria á todos los infieles y libraria al Asia del culto de Mahoma. Malek-Saleh creyó, pues, que no debía perder un momento: abandonó el comenzado sitio, y enfermo como estaba, subió en una litera, y llegó á Achmoun-Tanah en el mes de abril de 1249. Entonces, como no dudaba que la primera ciudad que se veria acometida seria Damietta, se ocupó al punto de ponerla en estado de defensa, y mandó reunir en ella almacenes de víveres y llevar armas y municiones de todo género; en seguida ordenó al emir Fakreddin marchase hácia esa ciudad para oponerse á que bajasen los enemigos; despues, como conociese que su enfermedad empeoraba, hizo publicar por todo su reino que todos aquellos á quienes debía alguna cosa podian presentarse á su tesoro y que serian pagados. Fakreddin acampó en Eizeh de Damietta, en la orilla izquierda del Nilo: el rio pasaba entre la ciudad y el campo.

En tanto se habia pasado el invierno en estos dobles preparativos, y habiendo juzgado el rey que se acercaba el tiempo de salir á la mar, dió orden de que todos los navios se provisionasen de víveres y estuviesen dispuestos á par-

tir á la primera señal. Las provisiones, como hemos dicho, se habian acopiado largo tiempo antes; se habian hecho depósitos de cebada, avena y trigo en los llanos, en tal cantidad, que sus montones parecian montañas. Y lo que hacia todavia mas notable la semejanza, es que los granos expuestos al aire y á la lluvia, habian germinado á una profundidad de cuatro ó cinco pulgadas; de modo que aquellas colinas estaban cubiertas de yerba; pero bajo aquella corteza se habian conservado los cereales tan frescos y buenos, como si hubiesen sido trillados la víspera. Nada se oponia, pues, á la órden dada. Terminado el transporte, el rey y la reina pasaron á bordo de su navio, el viernes antes de Pentecostés, y entonces se corrió la voz de navio en navio de estar dispuestos; de modo que al dia siguiente al amanecer, dada la señal, todos los buques á la vez desplegaron sus velas y avanzaron majestuosamente, cubriendo el mar de ondulantes telas y flotantes maderas, porque la escuadra se componia de mil ochocientos buques, entre grandes y pequeños.

Al siguiente dia, fiesta de Pentecostés, encontrándose el rey en la punta de Lymesso, vió en tierra una iglesia de la que partia el sonido de las campanas. No queriendo perder aquella ocasion que parecia presentar Dios de oír otra vez la santa misa, dirigió la proa hácia tierra, y abordó con una docena de navios. Pero mientras él estaba en la iglesia, se levantó una gran tempestad que dispersó la flota, y un viento terrible de Africa alejó los buques de la via de Egipto, y los arrojó, extraviados y en desórden, á las costas de la Palestina, donde hubiese sido lanzado el rey como los demás, si su santo deseo no le hubiese conducido á tierra: resultó de aqui, que de dos mil ochocientos caballeros que habian partido de Chipre, apenas setecientos pudieron reunirsele; lo cual no impidió que al dia siguiente, habiéndose vuelto el viento favorable, se embarcase el rey y continuase su camino hácia Egipto: « Muy afectado y triste, dice Joinville, con la pérdida de sus caballeros, porque á todos los creia muertos ó en gran peligro

El cuarto día después de esta catástrofe, cuando la flota continuaba marchando sobre una mar en calma, bajo un hermoso cielo, y con un tiempo favorable, el piloto del navío real, hombre experimentado que conocía toda la costa y hablaba muchos idiomas, exclamó de repente desde lo alto del mástil donde estaba en observación: « ¡Dios nos ayuda, Dios nos ayuda, ved allí á Damietta!... » En el mismo instante otros muchos pilotos respondieron á aquel grito con un grito parecido, y muy pronto los mismos cruzados, conmovidos con aquella gran noticia, pudieron descubrir la dorada arena de la costa, sobre la que se destacaban en fondo blanco las almenadas murallas de la ciudad. Era esto el viernes 4 de junio de 1249, año de la egira 647, el 21 de la luna de Safar. Grandes gritos de alegría resonaron entonces en toda la flota. Pero Luis extendió la mano, haciendo señal de que quería hablar. Guardóse silencio inmediatamente á bordo del navío que montaba, y las demás naves se aproximaron tanto como era posible, para oír lo que iba á ordenar. « Mis leales, dijo entonces el rey con voz sonora y llena de fe, no sin permiso divina, hemos sido trasportados aquí para abordar en un país tan poderosamente ocupado. En este momento no soy ya el rey de Francia, no soy ya el caballero de la Iglesia; no soy más que un mortal cuya vida se extinguirá cuando le plazca al Señor arrebatármela. Pero acordaos que todo es en nuestro bien, cualquiera cosa que suceda: vencidos, somos mártires; vencedores, el nombre del Señor será glorificado, y el honor de la Francia se extenderá todavía, no solo por la cristiandad, sino también por todo el mundo. En todo caso, seamos humildes como conviene á soldados de Jesucristo: nosotros venceremos para él; pero él triunfará para nosotros. Y ahora, ¡Dios nos tenga en su santa guarda, porque ved ahí que nos llegan nuevas de parte de los enemigos!... »

En efecto, toda la costa estaba poblada por el ejército de Fakreddin y los habitantes de Damietta, aterrados al ver tantos navíos reunidos. Entre aquellas dos clases de nume-

ros espectadores, corría el Nilo desembocando majestuosamente en el mar. Inmediatamente aparecieron en su embocadura cuatro galeras montadas por piratas, que se adelantaban para examinar y reconocer qué armada era aquella y qué quería; mas luego que estuvieron á tres tiros de flecha de los primeros navíos del rey, quisieron volver atrás, como si hubiesen sabido lo que querían saber. Pero era demasiado tarde: buques ligeros desplegaron todas sus velas y les dieron alcance. Estos buques estaban armados con máquinas dispuestas de modo que lanzaban á gran distancia y á un mismo tiempo, los unos piedras, los otros dardos, aquellos vasijas con cal. Los piratas se vieron obligados á defenderse, pero muy pronto fueron deshechos; tres de sus galeras averiadas, se fueron á pique; la cuarta, que había avanzado menos que las demás, consiguió volver á ganar la costa, toda desarbolada, y cubierta de muertos y heridos. En aquel instante los que sobrevivían saltaron á tierra enseñando sus heridas y gritando á aquella multitud que era el rey de Francia quien arribaba como enemigo con una multitud de caballeros que hacían llover flechas, piedras y fuego. Todos los que no estaban armados huyeron hácia la ciudad. Los cruzados vieron aquel movimiento, y se redobló su valor. El rey gritó el primero: « ¡A la costa; » y todos repitieron: « ¡A la costa, á la costa! » Mandóse aproximar á los grandes buques los barcos chatos que debían servir al desembarco. Joinville, que tenía consigo una pequeña galera, se arrojó á ella el primero, seguido de Jehan de Belmont, de d'Ayrard y de Brienne. Al punto todos los caballeros que montaban el mismo navío que él, no teniendo galera, se precipitaron en el barco; en un momento recibió el doble de lo que podía soportar. Mas los marineros, viendo el peligro, se asieron á las cuerdas, é inmediatamente volvieron á subir á bordo del navío. A pesar de este alijeramiento de su cargamento, la barca continuó sumergiéndose; no había un instante que perder, el peligro era apremiante. Joinville hizo bogar hácia ella, preguntando á grandes gritos cuántos caballeros había de

mas en la barca. « Diez y ocho ó veinte, » respondieron los marineros. Al punto la abordó, é hizo pasar diez y ocho hombres de armas de su galera. En esto un caballero, llamado Plonquet, quiso saltar desde el navío á la lancha; pero la distancia era demasiado grande; cayó en el mar, y abrumado por su armadura, se ohogó. Este fué el primer mártir de aquella campaña, que debía contarlos por millares.

En tanto los sarracenos se aprestaban para recibir dignamente á los cruzados. En medio de ellos, el emir Fakredin, vestido con una armadura de oro que reflejaba los rayos del sol, parecia el dios del día. Una multitud de músicos hacian resonar el aire con el ruido de los cuernos y tambores. Los cristianos les respondian con sus gritos, y avanzaban rápidos como una bandada de aves marinas. Iban á porfia de quien llegaria primero á tierra. Joinville conservaba siempre la cabeza de la línea, y avanzaba; habia dejado tras de sí el nuevo sol. Entonces las gentes del rey le gritaron se esperara á que desembarcase la gente del navío que llevaba el oriflama; pero el bravo senescal no quiso oír nada; continuó su camino, y fué el veinte y uno que tocó la costa frente á una division de caballería. Lanzóse el primero seguido de d'Ayrard, Brienne y Jehan de Belmont. Detrás de estos saltaron en tierra los caballeros que habia recogido en su galera. En el mismo instante los sarracenos metieron espuela á sus caballos y se dirigieron directamente á ellos para volverlos á lanzar al mar. Joinville y sus caballeros plantaron sus lanzas y sus escudos en la arena, vuelta la punta hácia los que los cargaban, y sacaron las espadas. Pero al ver estos preparativos de defensa, los sarracenos volvieron grupas y huyeron sin atacar siquiera. Inmediatamente los cruzados se dispusieron á perseguirlos; pero en el mismo instante uno de los escuderos del señor Beandoin de Reims llegó á nado suplicando á Joinville no hiciera nada sin su señor, y el buen caballero le contestó al punto que hombre tan valiente bien valia la pena de ser esperado; y esto diciendo, se detuvo efectivamente para esperar.

Dirigió una mirada á su alrededor, á su izquierda abordaba el conde de Jaffa, que tocó orgullosamente en la costa llevado en una magnífica galera maravillosamente pintada y adornada todo al rededor con el escudo de sus armas, que eran de oro con una cruz de gules. Trescientos marineros hacian volar aquel espléndido buque sobre el mar; cada uno llevaba al cuello un broquelillo en medio del que brillaba un escudo de oro puro. Cien músicos respondian á los cuernos y tambores de los sarracenos con instrumentos semejantes; de modo que parecia un rey que entraba en su reino y no un soldado que pone el pié en terreno enemigo. Apenas el caballero tocó en la arena, él, sus caballeros y su gente de guerra se lanzaron armados é inmediatamente tendieron sus pabellones, como si aquella tierra fuese suya. Entonces los sarracenos se renuieron de nuevo en mayor número y cargaron otra vez á los Franceses castigando á sus caballos con las espuelas. Pero viendo que sus enemigos les esperaban á pié firme y sin espanto, volvieron por segunda vez la espalda y huyeron sin atreverse á atacar á los cruzados al modo de la primera vez.

Viéndolos alejarse así, el señor de Joinville dirigió la vista hácia su deredor y vió á tiro de ballesta á la galera con la enseña de Saint-Denis, que á su vez abordaba á tierra. Apenas habian desembarcado los que llevaba, cuando un sarraceno, avergonzado de la doble fuga de sus compatriotas, se dirigió solo á chocar contra aquella muralla de acero que acababa de establecerse en la ribera; pero en un momento fué hecho pedazos y su caballo se volvió relinchando á donde estaban sus compañeros que no se habian atrevido á seguirle.

En el mismo momento detrás de Joinville se oyó un prolongado grito y un gran tumulto. El rey Luis, viendo en tierra el oriflama, no habia tenido paciencia para esperar á que su lancha ganase la costa; y á pesar del legado que queria detenerle, habia saltado en el mar gritando *Montjoie y Saint-Denis*. Felizmente no le llegaba el agua mas que hasta los hombros; de modo que al punto llegó á la

playa con la espada en la mano y el casco en la cabeza. Todos siguieron su ejemplo. El mar se cubrió de hombres y caballos como si toda aquella flota hubiese naufragado. Al mismo tiempo tres palomas se levantaron por cima del campo de los sarracenos, que emprendieron su vuelo hácia Mausourah : estas eran los mensajeros que llevaban al sultán la noticia del desembarco de los cruzados.

Entonces los sarracenos se arrepintieron al parecer de la facilidad que habían dejado á los cristianos para abordar á tierra de Egipto. Las gentes del rey acababan de colocar su tienda, que era de un encarnado subido, sembrada de flores de lis de oro ; todo el ejército musulmán cerró sobre aquel blanco, todo el ejército cristiano rodeó á su soberano. Al mismo tiempo la flota infiel salió del Nilo y fué á chocar contra la flota de los cruzados. La lucha era ya general, sangrienta y encarnizada, pero corta ; porque mientras Franceses y sarracenos se batían cuerpo á cuerpo en la tierra y en el agua, los cautivos y los esclavos encerrados en Damietta consiguieron abrir las puertas de sus prisiones, y saliendo de la ciudad con grandes gritos, atravesaron el Nilo blandiendo las primeras armas que habían podido hallar á mano. Los sarracenos, que no sabían de dónde salía aquel nuevo refuerzo, se pusieron en fuga y se retiraron á un campo. En aquel momento la flota, viendo huir el ejército, entró en el Nilo. El campo de batalla quedó cubierto de cadáveres sarracenos, entre los que se hallaban los de los dos emires Nedjin-Eddin y Savin-Eddin. Los cruzados no perdieron más que un solo hombre, y, como si Dios hubiese querido redimirle todas sus culpas con una muerte pronta, ese hombre fué el conde de La Marche, el ex-aliado de los Ingleses, el vasallo rebelde de Saintes y de Taillebourg !...

Los cruzados no se atrevieron á perseguir á los sarracenos por temor de alguna emboscada ; levantaron sus tiendas al rededor del pabellón real. La reina Margarita y la duquesa de Anjou, que durante la batalla habían quedado á la vista en su navío, desembarcaron entonces, y el clero, presidido por el legado, cantó el *Te Deum*.

En cuanto llegó la noche, Fakreddin se aprovechó de su oscuridad para abandonar su campo y retirarse á la orilla derecha del Nilo. Una vez aquí, en vez de destruir el puerto que acababa de proporcionarle paso, y encerrarse en Damietta ó esperar los cristianos bajo sus muros, entró en la ciudad, pero solo para atravesarla, y salió por la parte opuesta tomando el camino de Achmoun Tanah, sin haber dado una sola orden para la defensa de la plaza. Los habitantes de Damietta, viéndose abandonados y entregados, se esparcieron por las calles, degollando á los cristianos ; la guarnición, que se componía de Arabes de la tribu Beni-Kenamé, una de las más valientes y crueles del desierto, siguió el ejemplo y saqueó las casas. Entonces por todas las puertas de la ciudad, como las abejas salen por los agujeros de una colmena, familias enteras se pusieron en fuga sin saber dónde iban, lanzados por el terror del nombre cristiano, como los granos de arena del desierto por el huracán, llevándose consigo sus bienes, muebles, sus vestidos y su oro, que iban sembrando por los caminos. La guarnición no permaneció mucho tiempo después de ellos, y se retiró á su vez ; de modo que á la media noche se encontraba la ciudad no solo sin defensores, sino también sin habitantes.

El campamento de los cristianos comenzaba á entregarse al reposo, cuando los centinelas dieron la alarma. Elevábase una gran llama por encima de Damietta, iluminando las murallas, el Nilo y el Gyseh. Todo parecía desierto y mudo, y en el inmenso círculo que iluminaba el incendio no se veía ninguna sombra, no se oía ningún grito. Los cruzados no comprendían aquella soledad ni aquel silencio ; permanecieron en pie y sobre las armas hasta el amanecer. En el momento en que empezaba á clarear el día, es decir, á las tres de la madrugada, dos esclavos que habían escapado á la mataza y que habían esperado á que la ciudad estuviese completamente evacuada para aventurarse á salir por las calles, fueron corriendo al campamento, y anunciaron lo que había pasado. El rey no lo podía creer, tan

extraño era el suceso, á pesar de haberlos reconocido como hermanos y aunque juraban por Jesucristo.

Entonces un caballero se ofreció voluntariamente á cerciorarse de la exactitud del relato. Su oferta fué aceptada, y habiendo pedido al legado la absolucion de sus pecados, se dirigió hácia Damietta, atravesó el puente, y entró en la ciudad. Una hora despues le vieron salir por la misma puerta; pero el rey no tuvo paciencia para esperarle, y poniendo su caballo al galope, acompañado de todos los señores que se encontraban á su lado, corrió á su encuentro. El caballero refirió que habia entrado en la ciudad, donde no encontró mas que cadáveres. Que habia recorrido muchas casas, y estaban vacías; los sarracenos habian partido. Damietta era del rey de Francia, y no costaba mas trabajo tomarla, que entrar en ella como aquel caballero acababa de hacerlo.

El rey mandó al ejército se formara en orden de batalla y avanzar hácia la ciudad; una vanguardia mandada por el caballero que acababa de recorrer la ciudad desierta, entró primero, y se ocupó inmediatamente en apagar el incendio; siguiéronles el rey de Francia, el legado del papa, el patriarca de Jerusalem, con una multitud de prelados y eclesiásticos con la cabeza descubierta y los piés descalzos, y entraron cantando salmos y dando gracias á Dios por aquella milagrosa conquista. Llegaron así á la gran mezquita, que fué consagrada al punto al culto cristiano y puesta bajo la invocacion de la Virgen: oída la misa, el rey, los barones y los caballeros se diseminaron por las murallas y las torres y dieron por segunda vez gracias al Señor de que una ciudad tan fuerte, que hubiera podido defenderse años enteros contra un ejército tres veces mayor que el que la sitiaba, se hubiese entregado voluntariamente, sin bloqueo y sin asalto, y como si los ángeles del cielo hubiesen abierto sus puertas.

La consternacion fué grande en todo el Egipto cuando se esparció aquella nueva: todos conocían cuánto iba á aumentar el valor y la confianza de los cristianos semejante

fuga. El sultan supo la nueva en el lecho de muerte, y la cólera le volvió por algun tiempo la energía de la salud. Hizo presentarse junto á su lecho cincuenta oficiales de la guarnicion de Damietta, y los condenó á ser estrangulados. Uno de aquellos oficiales, que tenia un hijo, jóven de rara belleza á quien amaba con todo el cariño de un padre, pidió morir el primero, á fin de no ver el suplicio de su hijo.

— Me haces caer en ello, respondió el sultan: ejecútese al hijo á la vista del padre.

Despues hizo que le presentasen á Fakreddin.

— La presencia de los Francos, le dijo, debe tener algo de muy terrible, puesto que hombres como vos no la han podido sufrir un dia entero.

Entonces los emires, temiendo para su jefe la suerte de los demás oficiales, le hicieron seña de que estaban dispuestos á dar de puñaladas al sultan; pero habiendo agotado las fuerzas de este último el esfuerzo que habia hecho, y viéndole Fakreddin volver á caer sobre sus cojines pálido y sin voz:

— No, dijo, no vale la pena, dejadle morir.

En efecto, el 22 de noviembre de 1249, el 13 de la luna de Chaban, falleció el sultan, designando por su sucesor á su hijo Touran-Chah.